

En el Nº 8 (25-IV-1900) el propio Herrera y Reissig le exalta, elogiando "Sueño de Oriente", "La nota artística más anticonvencional dada en el pequeño teatro de nuestra literatura." Y destaca: "Roberto de las Carreras es un sibarita que sienta mal en el rebaño burgués de nuestros literatos." Sin duda, el "rebaño" no podía menos que mirar con ojiveria al singular colega que servía de referencia para tan poco favorable cotejo. En el Nº 10 (25-V-1900) Manuel J. Sumay y en el Nº 11 (10-VI-1900) Oscar Tiberio, argentinos ambos, tejen el encendido panegirico de dicho opúsculo, con un estilo que busca corresponder al clima especioso y sensual del libro comentado, "estric, ina (sic) en copa de oro". En el Nº 12 (25-VI-1900), Julio le ofrenda su poema "Plenilunio", con esta sugestiva dedicatoria: "Al sultán Roberto de las Carreras". Hasta que un día Roberto, públicamente protesta, porque se cree saqueado, y reclama a Julio Herrera y Reissig la paternidad de una metáfora. Se defiende, atacando también, el otro, y la polémica sube de tono por parte de Roberto, que desnuda intimidades con virulento desenfado. Esto fue por 1906; las cartas de Roberto y las de Julio pueden verse reproducidas en "Número" (enero-junio 1950) que transcribe también el ácido altercado entre Roberto y Vasseur, publicado en EL DIA de 1901. Insultos, ultrajes, acusaciones, destemplanzas, todo saturado de airada acometividad, ventilado por nuestra prensa de antaño, que creeríamos demasiado pacata para dar cabida a tales desahogos, amplía un poco nuestro conocimiento de aquella sociedad montevideana, a todas luces tan ávida de escándalo como cualquier ciudad de nuestros días.

Roberto de las Carreras copió, de su propia vida, el tono de su literatura. Vivir le ocupaba más tiempo que escribir. Por eso la totalidad de la obra publicada cuajó en opúsculos livianos, de pocas hojas, cuidados en el detalle tipográfico con pasión de "gourmet" intelectual. Además del ya nombrado y nunca visto "Poesía", y luego "Al lector", de 1894, en 1900 edita "Sueño de Oriente" —dedicado a Arturo Santa Ana— y en 1902 "Amor libre", perverso alegato donde escarnece el amor matrimonial, entre sonrisas que disfrazan mal su despecho. En el fondo es una feroz venganza de su malaventura conyugal. "Parisianas", en 1904, recoge en 52 páginas comentarios críticos expresados en una prosa rutilante y opulenta, donde mondanado la fronda de las metáforas, pueden descubrirse bellos aciertos. "Psalmó a Venus Cavalieri", "Yo no soy culpable", "En onda azul...", los tres de 1905, "Oración pagana", de 1906, "Don Juan", "La visión del arcángel" en 1908, "La Venus celeste", en 1909, "Suspiro a una palmera" en 1914, aprisionan en ediciones lamativas, su irregular monólogo literario. Los poemas primigenios publicados en EL DIA, se habían caracterizado por un matiz provocativo, jugando al pesimismo, delante se hará sombrío y mordaz. Se vea todavía el buen talante aventado, el gusto de la humorada, la esta traviesa. "Represento un atentado / Las buenas costumbres", declara ufano en un poema irreverente y festivo a propósito de un artículo del Código Civil que lo perjudica. Es verdad que con tal poema no modificará la ley, pero él se da el gusto, a saídas de lo que molestará a algunos: "Y acaso a muchos les daré tristeza / Que pbligue estos versos... Con certeza / Doy con ello un disgusto a mi familia."

En otra ocasión, ante el rechazo o el temor de la mujer que él corteja, dice con magnífica arrogancia: "En cuanto a tu mano, / Será sólo cuestión de un duelo a muerte." Pero no falta el toque liviano, lleno de gracia: "Espiritual, risueña, descuidada parece que el azar la hizo jugando." O el impulso rico de lirismo, donde deja sarcasmos a un lado, y se muestra elegiaco y melancólico; como su monólogo frente al mar: "¿Dónde están las sirenas, las ondinas? / Mis aficiones, demasiado finas, / Quieren una cosa sorprendente, / Pero a mi alma, desgraciadamente, / No quedan nada que aves marinas." En el poema "Desolación" es —de lo que conocemos suyo— el que se le encuentra más desarmado, más sincero; el tono de la verdad. Tuve miedo: la sombra estaba / Imagen poética o presentida / Encontré con el alma dolida / En tierra cruel, desconocida, / Esperaba / Siempre estoy solo / Maldito / Hay algo de infinito empieza porque nunca acaba! ¿Qué dice a la mujer amada? ¿Tal vez andese de nuevo en esperanzas "Mas hallado tarde, La existencia / Te me ha dado la experiencia / De enteral / Todo en tu corazón / Y mi amor desolado llama antigua primavera!"

"Amarux" no hace, ágilmente, el más completo bosquejo biográfico que hemos leído sobre ella, y a él remitimos a quien le interese. (Suplemento de EL DIA, 20-II-1944).

Lina llegó a nuestra ciudad, por vez primera, en los comienzos del siglo. Vino, la vieron, y venció. Triunfó y rindió voluntades a su paso. Las mujeres la envidiaron y los hombres suspiraban por ella. Noche a noche, en un palco delantero, un hombre atildado y llamativo, avasallado por la beldad, asistía, exaltado, a las funciones: era Roberto de las Carreras. De ese amor unilateral nació el poema que tanta celebridad sigue arrojando sobre los dos protagonistas del curioso idilio, a medio siglo de aquella juventud y aquella embriaguez, formalizadas para siempre en el "Psalmó a Venus Cavalieri".

Espectacular, de formato grande, ostentando el título en letras áureas, en las tapas ocre atadas con lazos de seda roja; rojas las gruesas hojas, impresas en tinta negra, y en cada página par, una foto original de la famosa cantante, en el apogeo de su juvenil belleza. Y roja la llamarada pasional que galopa desordenadamente en el jadeo atorrallado del poeta. Se ha hablado siempre de la prosauntuosa y elástica del "Psalmó"; estamos en condiciones de afirmar que originariamente, fue escrito en versos, de medida arbitraria, pero reunidos en estrofos, con un ritmo deliberado; y la prosa que conocemos no es sino la yuxtaposición de un verso a continuación del otro, lo que explica la musicalidad y amplitud del período.

En el "Psalmó", el esteta incendiado y platónico escribió con su pasión la más elocuente de sus lucubraciones, enamorado a lo lejos de la actriz, a la que había conocido en Francia, y que nunca llegó a hablar con su apasionado salmista. Hubo para ella un ejemplar especialmente impreso y encuadernado con el lujo y buen gusto más exigente, y fue otro exquisito, Julio Raúl Mendilaharsu, el portador del mismo, en un viaje a París. Nunca se ha sabido qué dijo de aquel rendido admirador la Cavalieri, y acaso haya en sus memorias alguna constancia del episodio, si llegó a aquilatar el valor del homenaje; era demasiado bella, y no vamos a exigir que además fuera inteligente "la mujer más hermosa de todos los tiempos", como la adjetivó D'Annunzio, entendido en la materia. Pero quizá estamos siendo injustos con su sombra.

Das cosas conviene aclarar en torno del asunto: que Roberto no mantuvo con ella vínculos personales, y que no fue por ella que le sobrevino la locura, como han dado en decir algunos cronistas mal informados. Es absolutamente falso que la pasión del poeta por la Cavalieri resultara causante del mal, de origen hereditario.



Roberto de las Carreras en 1902.

Digamos también que el mórbido estilo, arrebatado y erótico, del "Psalmó", donde parece oírse la culminación de una sinfonía, atrae sobre sí las miradas de tal modo, que poca atención se presta al texto. Pero si leemos detenidamente "En onda azul...", por ejemplo, nos sorprenderá una ternura remanada, donde el amor no es el hábito quemante y demoníaco, sino la ebriedad dulce del ensueño, con un desmayo de hombre fatigado que busca puerto para sus hastios:

"Sus manos de siderales dulzuras han de inspirar un ruego: ¡Tener el huérfano corazón dormido en ellas!" "En ella se desangraré mi ternura..."

Dora Isella RUSSELL
(Especial para EL DIA) 15/12/957
(Continuará en el próximo número con "El Atardecer de Luzbel").

Handwritten manuscript in Spanish, likely a draft or working copy of a poem or letter. The text is dense and includes some corrections and annotations.

